

REPERTORIO AMERICANO

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1923

LUNES 27 DE AGOSTO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El camino que aleja de la revolución

[Desde que salió de la Casa Blanca, este artículo es el primero que ha entregado al público el famoso ex-Presidente WILSON].

EN estos días de duda y de ansiedad, cuando todo el mundo se encuentra inquieto y busca qué camino es el que debe de seguir, puesto que todos se le aparecen llenos de sombras que pretenden ocultar peligros de toda especie, no es sino efecto de la prudencia tratar de enterarse del sitio en que nos encontramos y buscar las causas de los males que nos aquejan y los medios que mayores probabilidades presentan de eliminarlos. Debe existir alguna causa real para la agitación y la perturbación universales. No debemos buscarla ni en fenómenos políticos de carácter superficial, ni tampoco en errores de carácter económico. Es probable que se encuentre muy profundamente arraigada en las fuentes mismas de la vida espiritual de nuestra época. Nos empuja hacia las revoluciones, y tal vez tenemos el caso de la revolución rusa como el hecho saliente de su especie en nuestra época, porque nos ofrece grandes enseñanzas para nuestro criterio sobre las actuales situación y circunstancias críticas.

¿Qué fué lo que dió origen a la revolución rusa? La única respuesta que puede darse a esta pregunta es la de que fué el producto de todo un sistema social. De hecho no fué una cosa súbita. Había venido tomando fuerza desde hacía varias generaciones. Se debió a una sistemática negativa para conceder a la gran masa de la población rusa los derechos y privilegios que todos los hombres normales desean ver satisfechos si se quiere, que se den por satisfechos, como que representan la posibilidad de llegar a ser felices. La vida de la gran masa del pueblo ruso no presentaba oportunidades, sino que sólo tenía ante sí barreras contra las cuales se estaban estrellando de continuo los espíritus, para caer heridos y descorazonados. Solamente se toleraba a los poderosos asegurar sus derechos, o tan siquiera ganar la

facultad de obtener el bienestar material.

Debe anotarse como un hecho saliente de nuestros tiempos el de que los líderes de la revolución en Rusia dirigieron todos sus ataques contra el «Capitalismo». Fué el capitalismo el que les hizo ver lo todo rojo, y fué contra el capitalismo, bajo uno u otro nombre, contra el que las clases descontentas formularon su acusación indirecta.

Hay en el mundo entero personas de reconocida capacidad y competencia que juzgan, basándose al parecer en razones incontrovertibles, que el sistema que llamamos capitalista es indispensable para el apoyo de la industria y para el desenvolvimiento de la civilización moderna. Y sin embargo, las personas que tienen un conocimiento inteligente de los orígenes sociales necesitan saber que las reacciones inmensas y de carácter general, como la que incuestionablemente se está registrando contra el capitalismo, no ocurren sin que haya mediado causa o provocación, y antes de que asumamos una actitud hostilmente irreconciliable contra ese movimiento, debemos plantearnos francamente estas preguntas: ¿Es el sistema capitalista inatacable? O lo que equivalé a lo mismo: ¿Los capitalistas, en general, han empleado su poder en beneficio de los países en los que se encuentra invertido su capital, y en beneficio de sus semejantes? ¿No es, por el contrario, demasiado cierto que los capitalistas, muy frecuentemente, parecen haber considerado a los hombres de quienes se sirven, como meros instrumentos de alcanzar utilidades y a los que se podía explotar con el menor costo posible, en dinero o en simpatías? ¿Acaso no es verdad que muchos hombres de elevados principios en todos los ramos de las relaciones sociales han parecido creer que la generosidad y el sentimiento humanitario no debían figurar entre los mandatos imperativos de la conciencia para diri-

gir los negocios, o para el desarrollo de una empresa industrial o comercial?

Y si se han podido observar estas ofensas contra la más alta moralidad y contra los verdaderos principios de ciudadanía, ¿debemos acaso decir que la culpa por el presente descontento y por las actuales turbulencias corresponde tan sólo a quienes se rebelan contra semejante estado de cosas? ¿No es preferible que busquemos una forma de eliminar esas ofensas y de hacer la vida limpia y tolerable para aquellos que deseamos que honorable y limpiamente participen en ella?

El mundo se encuentra ya asegurado para la democracia. Ya no necesitamos concebir temores de que un propósito como el que abrigaron los ignorantes e insolentes Hohenzollerns y sus consejeros, llegue a verse realizado. Pero la democracia no ha asegurado todavía al mundo contra la revolución irracional. Esa suprema misión, que equivale a nada menos que a la salvación de la civilización, se encuentra actualmente en forma muy imperativa e insistente ante la democracia. No puede eludirse, a menos que consintamos en que caiga en ruinas todo cuanto hasta el presente hemos conseguido levantar, y esa misión deben asumirla los Estados Unidos, como la más grande de todas las democracias.

El camino que ha de apartarnos de la revolución se encuentra claramente marcado, porque lo define la naturaleza misma de los hombres y de la sociedad organizada. Nos corresponde, por consiguiente, la misión de estudiar, con mucho cuidado y con mucha sinceridad, la naturaleza exacta de la empresa y los medios que deben emplearse para su realización. La naturaleza de los hombres y de la sociedad organizada nos dicta para mantener en todos los campos de acción las normas más elevadas y más puras de la justicia y del derecho, así como sus formas más eficaces de pensamiento esencial sobre asunto de carácter tan crítico. No debemos abrigar un concepto muy estrecho o muy técnico de la justicia. Por justicia, el jurista, en general, entiende la aplicación pronta, imparcial y franca de reglas generales. Pero llamamos cristiana a nuestra ci-

vilización, y un concepto cristiano de la justicia debe ser mucho más elevado. Debe comprender un espíritu de simpatía, de ayuda y de buena voluntad para prescindir del interés propio, a fin de fomentar el bienestar, la felicidad y el contento de los demás y de la colectividad en general.

Esto es lo que nuestra época está palpando ciegamente, después de esta reacción contra lo que parece un egoísmo demasiado grande de parte del sistema capitalista. En resumen, puede decirse que nuestra civilización no puede sobrevenir materialmente, a menos que se redima espiritualmente.

Sólo puede salvarse compenetrán-

dose con el espíritu de Cristo, y sólo puede ser libre y feliz siguiendo la línea de conducta que dicta tal espíritu. Solamente así puede eliminarse a los descontentos y disiparse todas las sombras del camino que tenemos ante nosotros. Aquí se encuentra el reto definitivo a nuestras iglesias, a nuestras organizaciones políticas, a nuestros capitalistas y a todos cuantos se precien de desear el bien de su patria y de ampararla. ¿No cooperaremos todos con entusiasmo para provocar el advenimiento del nuevo día?

WOODROW WILSON.

(Trad. de *Excelsior*. México, D. F.)

De España a Suecia

... Suecia es uno de los países de los que menos sabemos los españoles. Ello quizás depende de que sus genios no nos lo dan a conocer. Linneo nos ha enseñado a clasificar los animales y las plantas, pero nada nos ha dicho de Suecia. Swedenborg es el máximo explorador del cielo y del infierno, pero no es «cicerone» de Suecia. En Augusto Strinberg se han fundido el naturalismo de Linneo y el misticismo de Swedenborg. Además se trata de uno de los novelistas más pujantes de la literatura universal. Hay paroxismos del amor y del dolor en que nadie ha penetrado como este gran enemigo, y mayor víctima, de las mujeres. Pero su exasperación misma le hace ser poco representativo de su patria.

Sabemos que al norte de Europa existe un país de vida plácida, que debe de parecerse a la Finlandia que Ganimet nos describió, a la Noruega de Ibsen y de Bjorson, y a la Dinamarca de Juan Pedro Jacobsens. Tenemos una remota idea de que debe de tratarse de un inmenso bosque de pinos suaves, con lagos en los valles y hierro casi puro en las montañas. Recordamos que salió de ese país un gran guerrero, y es probable que los visigodos procediesen también de Escandinavia. Hemos oído que en aquellos países del Norte no hay políticos que se enriquezcan con el abuso de sus cargos, ni ciudadanos defraudadores de la Hacienda, ni gentes que no sepan leer y escribir, ni es permitida la suciedad, ni los mendigos, ni son tampoco de temer los ladrones; pero la razón de estos milagros se nos escapa totalmente.

Un hecho ha debido estimular en estos años nuestra curiosidad. Suecia y España han sido durante los tiempos de la guerra europea las mayores po-

tencias neutrales de Europa. Ambas estuvieron todo el tiempo trabajadas por la interna polémica de germanófilos y aliadófilos. Y ahora se nos ofrece Suecia como un país de gran industria, que va a mostrar sus recursos al mundo. Pero hay una razón especialísima para que Suecia despierte nuestra curiosidad y simpatía. Suecia se ha sentido en estos siglos últimos el centinela avanzado de nuestra civilización frente a la amenaza rusa, como España lo viene siendo hace doce siglos enfrente del Islam. La situación de Suecia era más precaria que la nuestra, porque tenía enfrente un gran Imperio que no cesaba de crecer y de apoderarse de nuevas nacionalidades en cada expansión. Quizás por eso mismo se haya disciplinado el pueblo sueco hasta ofrecernos esa íntima compenetración de sus hijos con el Estado, cuyo secreto quisiera averiguar. ¿Será que el temor mutuo es el resorte que endurece y engrandece a los pueblos, y que cuando desaparece o se

atenúa los pueblos se relajan y se echan a soñar?

De España a Suecia media el territorio en donde se ha incubado esta civilización occidental que el mundo está viviendo, activamente, en esta parte del planeta y en América, Australia, Nueva Zelanda y el Japón; pasivamente, más o menos, pero siempre algo, en los restantes países de la tierra. Es el tipo de civilización que ha producido la ciencia, la dialéctica, el laboratorio, la demostración objetiva, la distinción rigurosa entre la historia y la leyenda, los esquemas estrictos del derecho romano y canónico, el contrapunto en la música, la perspectiva racional en la pintura, el arco romano y el ojival, la organización estadística del trabajo, la libertad jurídica de los trabajadores, el régimen parlamentario, el empleo sistemático del ahorro en la nueva producción, la educación técnica, la especialización de los departamentos del Estado, el estudio sistemático de las dolencias que afligen al hombre, la obligatoriedad de la higiene y el dominio del hombre sobre la naturaleza. Esto en lo material.

En lo espiritual se caracteriza la cultura nuestra por haber producido un tipo de religión que ofrece una sanción ultrarracional para la conducta de los hombres, cuando sus intereses entran en conflicto con los del organismo social; porque sin este tipo de religión, que también es característico de la civilización occidental, hace tiempo que los hombres se habrían negado a tener hijos o a jugarse la vida por su patria, en vista de que ninguna sanción de orden racional puede compensarles por estos actos de abnegación suprema, sin los cuales habría ya perecido este mundo nuestro de Occidente, como perecerá, y está ya en parte pereciendo, si se deja que el racionalismo seque en sus defensores el manantial del sacrificio.

Racional en su economía y en su mecanismo, irracional en su raíz animal y en sus finalidades espirituales, esta civilización nuestra, la más completa que jamás existió, pues por algo es probable que se adueñe de las cinco partes de la tierra, y ya domina en tres y media, es también la más combatida de cuantas existieron, pues no la amenazan solamente, como a la civilización antigua, los bárbaros de fuera, sino también los bárbaros de dentro, que la odian, aunque gozan de sus comodidades, sólo porque no pueden comprenderla. Entre unos y otros han logrado arrancarle las estepas de Rusia, donde venía librando su batalla. Sólo que aún no creo que sea la barbarie la que diga en ellas la última palabra.

Ni siquiera momentáneamente ha-

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

| | |
|---|----------------|
| La entrega..... | ¢ 0.50 |
| El tomo (24 entregas)..... | 12.00 |
| El tomo (para el exterior)... | \$ 3.50 oroam. |
| La página mensual de avisos (4 inserciones)..... | 20.00 » » |

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

bría triunfado sin la guerra civil a que sus hijos se abandonaron en estos años últimos. Voy a recorrer de nuevo los territorios de los beligerantes de la gran guerra, esta vez con el alma encendida por el deseo de que se haga la paz entre los portadores de la cultura. Desvanecido el espejismo de la Monarquía universal, ¿qué razón hay insuperable para que no se rehaga lo que antes se llamaba el concierto europeo, y ahora, extendido a los pueblos de América y Oceanía y Extremo Oriente, pudiera llamarse la concordia de la civilización occidental? Un llamamiento a esa concordia viene a ser también la Exposición de Gotemburgo.

Pero con guerras o sin ellas y aunque los bárbaros se desborden de odio, la cultura nuestra seguirá haciendo su obra mientras no la abandonen sus mejores hijos. Esto que ha ocurrido

en Rusia no es obra de Lenin y de Trotsky, sino de los mejores, como Tolstoi y Dostoievsky. El día en que se le ocurrió a Dostoievsky, que era el mejor de Rusia, el fatal distingo entre cultura y civilización, y escindió en dos mitades nuestro mundo, para quedarse él con la religión y el arte, y no dejarnos a los occidentales más que la técnica y la ciencia, aquel día mismo empezó Rusia a recaer en la barbarie primitiva. Pero si sus mejores hijos le son fieles, la cultura nuestra seguirá conquistando pueblos en el mundo, y uniendo los océanos y los continentes, hasta crear, al fin, las condiciones necesarias para que nos podamos dedicar exclusivamente a producir un tipo mejor de hombre.

RAMIRO DE MAEZTU

(El Sol, Madrid).

Costa Rica, gran República

(Concluye. Véase el número anterior).

En las postrimerías del siglo XIX surgió a la cabeza del Poder Ejecutivo un político batallador e inquieto, temperamento progresista, de imaginación y palabra sugestivas, y de carácter fuerte: don Rafael Iglesias. Cumplido su primer período, en el que desarrolló, sin duda, brillantes iniciativas, impuso su reelección. Se operó entonces, a su alrededor, el vacío más absoluto, hasta que cayó por ministerio de la ley y veredicto de la opinión pública, para no levantarse más al nivel de sus ambiciones ni de sus ejecutorias de gran Administrador. Es que el pueblo costarricense, a pesar de su espíritu práctico, y quizás por ser eminentemente práctico, ama el imperio de las libertades públicas muchísimo más que las maravillas del progreso material si ellas han de venir unidas a los eslabones de la cadena—de hierro o de oro, el metal importa poco—, de la esclavitud, y desconfía de los hombres demasiado enérgicos que a cambio de transformaciones incuestionablemente útiles en los sistemas monetarios, vías de comunicación, pavimentación de ciudades y otras bienandanzas, ofrecen el peligro de gobiernos personales que suelen colocarse por encima de las leyes y erigir en leyes los caprichos del mandatario.

En enero de 1917 Federico Tinoco Granados derribó de un golpe de cuartel al Presidente González Flores. A raíz de este movimiento el país, aunque mirando, con pena, roto el prestigio de su tradición pacifista de más de medio siglo, prestó su apoyo al militar osado que se dijo intérprete de nobles sentimientos y aspiraciones populares. Empero, tan pronto se dió cuenta del engaño, se alejó de Tinoco y contra él se irguió firme y austero. Y los tranquilos costarricenses, moderados y corteses, que no tienen

alardes abracadabrantés, ni poses de matachines, ni frases incendiarias de héroes de opereta, derrocaron la Dictadura Tinoco en tiempo corto, de brevedad que contrasta con la duración del ciclo porfiriano en México, y el cuarto de siglo de «métodos andinos» en mi adorada patria venezolana. Y cuenta con que en México y en Venezuela pretendamos ser hombres de polo en pecho.

El tipo del caudillo político existe en Costa Rica, como forzosamente ha de existir en toda democracia organizada, aun en las más elevadas y de abstracciones más idealistas, pues no es concebible el culto a las ideas y a los principios que sirven de guía y de bandera a los grupos o partidos, sin que su práctica o la suposición de la mejor aptitud para su ejecución y defensa, deje de rodear a ciertos hombres de peculiares autoridad e influencias. Pero allí no llega nadie a tener una fuerza de arrastre que ponga en peligro la tranquilidad social, porque los políticos de prestigio son casi todos hombres de una cultura superior, universitarios de primera clase que antes de llegar a la primera fila han pasado por dilatadas y relevantes experiencias, y porque a ello se opone el temperamento, pleno de tolerancia, de las masas populares.

Sentí la vibración ennoblecedora y constante de este temperamento durante el lustro de mi permanencia en suelo costarricense. Allí tuve el gusto y la honra de tratar a los señores Don Bernardo Soto, Don José Rodríguez, Doctor Carlos Durán, Don Rafael Iglesias, Don Ascensión Esquivel, Don Cleto González Víquez y Don Ricardo Jiménez, quienes en 1915 eran los últimos ex-Presidentes, y convivían en el país sin que su permanencia en él fuese otra cosa sino el suceso de mayor normalidad, ni

causa de la menor perturbación por choques entre sus diferentes parciales. El examen de la personalidad misma de dichos señores es bastante a demostrar la capacidad admirable para la elección de sus gobernantes—que es sólo atributo de las democracias superiores—que distingue al pueblo costarricense. He hablado de Jiménez, González Víquez y de Iglesias. Debo agregar que el Licenciado Don José Rodríguez fué un insigne abogado, Presidente del Tribunal Supremo antes de su elección presidencial. Rango tan alto entre los cultivadores de la ciencia jurídica ocupó Don Ascensión Esquivel, quien caracterizó sus iniciativas gubernamentales por trascendentalísimas reformas en la codificación nacional. Y en elogio del Doctor Durán puede decirse que fué en su época el primer galeno de su patria, espíritu de amplia inteligencia y de rectitud ejemplar. ¡Cuántos otros pueblos, de extensión y población mucho más grandes, se dirían felices con poder elegir no ya hombres-cumbres como éstos, sino sus mediocridades más sanas, como un escudo contra la legión de impreparados, de inconscientes, de amorales, y hasta de ladrones y asesinos que pugnan, a veces con éxito rotundo, por adueñarse de los destinos nacionales!

Se quejan algunos centroamericanos de la desviación familiar de la hermana Costa Rica. Acúsala, con frecuencia, de ser localista, mezquina, egoísta; de que en su espíritu no hay amor sino odio para el ideal morazánico de vida confederada.

Se comete una injusticia notoria. Costa Rica respondió como ninguna otra, dando, sin estrépito, la nota del sacrificio heroico, en los momentos de angustia más grande que vivió Centro América, cuando el bucanero pretendió fundar en el corazón mismo del solar común un Estado de raza distinta, como avanzada temible de un imperialismo que desenvainaba la espada francamente en persecución de la conquista definitiva, cínica y brutal. Al pueblo que produjo a don Juanito Mora y lo auxilió y acompañó con entusiasmo viril en su cruzada magnífica más allá de las fronteras nacionales, y regresó luego, trayendo por todo trofeo de sus épicos triunfos, la satisfacción de haber concurrido, con su dinero y con su sangre, a defender a la hermana en desgracia, no puede enrostrársele jamás el dictado de mezquino, porque no rendirle el homenaje que merece por su generosidad excepcional constituiría ya una verdadera ingratitud.

Costa Rica ha respondido, además, a toda excitación que se le ha dirigido—, como lo hizo en Washington en 1907 y allí mismo lo acaba de repetir—, para acordar las normas de vida internacional más estrecha, más cordial y de más fecunda cooperación en beneficio de todos. Pero ha exigido que se mantengan independientes los gobiernos seccionales hasta el advenimiento de tiempos más propicios.

Y tiene razón. No es que ella se considere la mejor y, dominada por un sentimiento de noble soberbia, pretenda desdeñar a las

demás Repúblicas del Istmo. No. Es que sus hábitos, sus principios y sus anhelos colectivos son incompatibles con algunos métodos políticos vigentes en otras secciones de Centro América. Para la ideología de un costarricense es inconcebible la vida y la salud pública dentro del régimen de gobierno personal de Estrada Cabrera, o en el centro del convulsivismo revolucionario de Honduras, o bajo los auspicios de los *blue-jackets* americanos, como en Nicaragua. Y no se podría tachar a una persona de mala hermana porque, viviendo en casa adyacente de la de otro hermano que gusta de las altas temperaturas y para obtenerlas mantiene encendidos grandes hornos, se niegue a derribar las paredes para formar una sola casa, siendo así que a ella le encanta vivir, y sólo encuentra salud bajo el influjo de temperaturas templadas.

Me consta, por el contrario, que en ese país de pequeña extensión geográfica y de poca población, pero enorme como modelo de vida republicana, existe una simpatía sincera y una adhesión muy firme para el ideal de unión de la raza hispanoamericana. Si alguna duda existió, bastaría a desvanecerla su enérgica y habilísima actitud en defensa de las nacionalidades latinoamericanas supeditadas por la diplomacia estadounidense en la actual organización de la Oficina de la Unión Panamericana. En la Conferencia de Santiago, Costa Rica miró a su alrededor y sintiendo pena por la ausencia del hermano México—uno de los mayores y más notorios de la familia, a quien los países centroamericanos son deudores de los más elocuentes testimonios de afecto y aprecio—, con reposada dignidad propuso una gestión reparadora.

No envuelve su proposición ningún agravio para los Estados Unidos ni podría envolverlo porque, aparte de que entre los temas fijados de antemano por el Consejo Directivo de la Unión Panamericana para la actual Conferencia figuraba en primer término el de reorganización de la Unión, Costa Rica mira y ha mirado con plena justificación a los Estados Unidos como un buen amigo que ahora mismo, refrenando los ímpetus del fuerte, acaba de reconocerle, por medio de un Tratado, sus derechos sobre el río San Juan. Y Costa Rica es, además, uno de los países que puede enorgullecerse legítimamente del tacto y preparación de sus diplomáticos. No en balde este país consagra a la instrucción pública la mayor parte de los ingresos de sus Presupuestos y la más preferente atención de sus estadistas.

La escuela primaria costarricense es un modelo en todo sentido, en todos sus grados. Pienso que en ella se ha pecado a veces por exceso de reformas en los sistemas de enseñanza; pero, de todas maneras, puede afirmarse con propiedad que es el pueblo latinoamericano que tiene el mayor número relativo de escuelas públicas, mejor atendidas y mejor pagados sus maestros. Es digno del aplauso más caluroso el celo gubernativo por la asistencia escolar. Y el maestro representa papel muy airoso en la sociedad

costarricense. El respeto y la consideración de que disfrutan quienes dirigen la instrucción de los enjambres infantiles hace de ellos verdaderos personajes que coadyuvan, por medio de sus asociaciones, y con toda eficacia, a difundir entre el pueblo las prácticas de la más elevada cultura, tales como la asistencia a lecturas públicas y conferencias, examen de revistas instructivas, vulgarización de libros clásicos. El pueblo lee mucho, sabe leer y asimilar, y brinda estímulos poderosos a todos aquellos que, con fama o sin ella, con talento y erudición, o con modestos conocimientos, quieren ofrecer al criterio ajeno, desde cualquier tribuna, estudios o ensayos sobre cualquier idea o tema interesantes. Está educado para la Biblioteca y la Conferencia.

Su cultura superior es verdaderamente extraordinaria.

De su cuerpo de leyes puede decirse no sólo que es de lo más avanzado en el Derecho Positivo moderno, sino que obedece a los principios más altos de la Filosofía Jurídica, y encuentra—y este en su carácter más sobresaliente—, en la honorabilidad indiscutible e insospechable de quienes integran

el Poder Judicial, la más hermosa y enaltecida virtualidad humana.

La Escuela de Derecho de la República es un centro que honra a la ciencia del mundo. Sabiduría y conciencia del deber del Profesorado y realidad del esfuerzo en el cumplimiento de ese deber, constituyen el aporte exigido al Catedrático para el desempeño de su misión augusta. Y ésta se cumple en medio de la convivencia espiritual de profesores y alumnos, cordial y sencilla, con disciplina que concilia el respeto y el decoro, la sanción estimuladora y justiciera con la cívica altivez, y que rinde sus frutos dotando a la República de espléndidas legiones de jóvenes letrados que irán en el porvenir que está inmediato a regir los destinos de la Patria, desde los escaños del Congreso, las poltronas ministeriales, o el solio presidencial, con la toga sagrada de los jueces o de la magistratura, o con la casaca diplomática, con ciencia noble, hombría de bien, probidad que nunca se pone en almoneda y éxito franco de verdaderos estadistas.

ALEJANDRO RIVAS VÁZQUEZ

La Habana, abril. 1923.

(Cuba Contemporánea, Habana).

El pueblo que canta

Al Presidente y a los socios del conjunto artístico "Gabriela Mistral"

Queridos amigos:

Supe al salir de Chile la formación de un Centro que llevaba mi nombre, en el seno de ese tan loable *Ateneo Obrero* de «El Mercurio». Envié a ustedes espiritualmente la expresión conmovida de mi gratitud y mis buenos deseos por la prosperidad de la obra.

Les he recordado en México, en cada fiesta popular, delante de las orquestas típicas regionales, y escuchando las canciones de niños y obreros con que este país me ha expresado su alma, ha derramado en mí su emoción.

Esta es la raza que yo soñaba: *el pueblo que canta*. El azteca, el tolteca y el maya eran músicos; el canto fué una de sus manifestaciones religiosas. Cantaban sus sacerdotes saludando al Sol en las pirámides maravillosas de Teotihuacán, y respondía a sus pies el coro inmenso.

Llegó el español, y dos suavidades, dos únicos terciopelos de ternura, traía en sus naves pesadas de artillería y crueldad: el Evangelio y las canciones. Recordaréis que el hombre de pecho de paloma de la Conquista, el angélico Bartolomé de las Casas con su legión de monjes blancos, se entró por las selvas y la sierra mexicana, buscando con cantos a los indios amedrentados por los arcabuces. Puso en

canciones la doctrina de Cristo, dulzura sobre dulzura, y los indios le rodeaban porque lo comprendían en la que llama Maragall la única lengua universal: *el canto*, que comunica sin palabras, que mezcla los corazones sin derramar su sangre, *que confunde a los seres como alientos*.

Entonces se penetraron los aires indios, lánguidos de melancolía, de los aires españoles, vivos, ligeros, como el sorbo de su vino de Andalucía, y nació esta música nacional, llena de movimiento y de emotividad.

La reforma de la educación hecha por el Licenciado Vasconcelos, tomó en cuenta la música como elemento de nacionalización, *como creadora y removedora del alma patria*, e hizo nacer la Sección de Cultura Estética para su difusión y su depuramiento.

La música no está en México aristocratizada en academias de canto, no se ha hecho de ella un lujo más de ricos, como los automóviles; es el arte popular por excelencia, pero un arte cultivado en el pueblo con intención de refinamiento, sin el descuido y la inferioridad en que suelen caer las artes populares.

La Dirección de Cultura Estética ha derramado sus maestros de canto por todas las poblaciones rurales, para que formen las llamadas orquestas típicas de cada región, así como ha de-

rramado también a artistas de teatro criollo, para que lo creen en las aldeas indias.

No sé decirles qué alegría tan profunda me ha removido al encontrar en las poblaciones indígenas más apartadas, haciéndole cantar o representando con ellos una pieza regional. Siempre me ha sido odioso ver que el arte sirve como el coctail en los restaurants elegantes, para un grupo de hombres y mujeres mundanas, o ver que en academias y ceremonias pasa a ser una especie de forma de erudición o de rito para refinados. Y es que la belleza es para mí una especie de gran viento que ha de correr libre sobre el mundo, refrescando la mejilla ardorosa de los espigadores, batiendo los trajes claros de los niños en una ronda hecha sobre un llano y entrando en la casa de los hombres en una oleada de salud.

No es artista una raza porque tenga grandes compositores, si la música sólo enciende una pequeña multitud en el recinto de un teatro; lo es solamente cuando el canto penetra la vida nacional y está derramado en las fábricas y en los campos, cuando traspasa tan verdaderamente el alma de un pueblo, que cantan sus forjadores entre las chispas de la fragua y cantan los gañanes derribando un roble, y cantan las mujeres al anochecer, sobre el rostro del hijo que hacen dormir.

Sólo entonces la Belleza se convierte en una *cosa profunda y humana* y en una fuerza civilizadora tan grande como la de las religiones. Se hace, como una sangre, fuerza y espíritu.

Esta es la obra larga, lenta y santa que ustedes empiezan en Chile, que México realiza hace siglos y que ya tiene consumada.

¡Hacer cantar! Qué banalidad, dirán aquellos que sólo buscan *hacer trabajar*, sin ver que el trabajo se hace *plebeya servidumbre cuando no tiene paréntesis espirituales, y que es fatiga fea y brutal cuando no lo ciñen las rosas de la alegría.*

Depurar las canciones populares de la causticidad que suelen tener; reemplazar los couplets canallescos que se han infiltrado en nuestro pueblo por obra del teatro inferior; hacer las canciones de los campos y de las fábricas, que trascienden a las hierbas de nuestra tierra y que saquen sus motivos de la misma faena que los hombres hacen: esa es la labor de nuestros músicos de América, *de aquellos que son lo suficientemente puros para saber que vinieron a afinar y ennoblecer las emociones de su raza.*

Los parques que en todas las grandes poblaciones se están multiplicando para borrar la brutalidad de las ciudades modernas humosas y fabriles, piden los festivales de los cantos, los grandes coros que hacen como más

vivos los follajes y exaltan a las multitudes, haciéndolas incorporarse al río del canto (porque la Música es el mayor contagio de alegría, y por lo tanto, de salud).

Les envío trece canciones que para ustedes me ha obsequiado la *Dirección de Cultura Estética*; a éstas seguirán otras, hasta completarles una colección que les revele por entero esta música popular mexicana, que es como la argentina, lo mejor del folklore musical de la América.

He de hablarles en otra correspon-

dencia de la cerámica artística de los indios, que ha sido la mayor revelación que me ha hecho México. Vuelvo a repetirles: el arte en este país es como un río que vivifica a toda la raza, que atraviesa ciudades y aldeas, y yo he visto vivo en este pueblo un viejo sueño mío.

Les recuerdo y les saludo agradecida.

GABRIELA MISTRAL

Octubre de 1922.

(Boletín de la Secretaría de Educación Pública, México, D. F.)

Alianzas intelectuales

EL viaje del profesor Del Vecchio—profesor de Derecho en Roma—a España habrá podido ser fecundo para la ciencia jurídica. Para el arte de la política, si se juzga por los comentarios de la Prensa española, no ha debido serlo tanto. Si sus prédicas fascistas, extrauniversitarias, ganaron la atención y la glosa simpaticante de algún hombre de calidad como el Sr. Maura, no ha ocurrido lo mismo con la inmensa mayoría de los españoles. La Italia que nos interesa es muy otra. Como la España que interesa a los italianos es también muy otra que la que se funda o aspira a fundarse en actitudes políticas de violencia, como lo demuestra un documentado artículo del profesor Ruggero Palmieri en el primer número de la revista «Bibliografía General Española e Hispanoamericana», que viene a llenar un vacío, sin que esta frase sea por esta vez un simple lugar común.

Por el artículo del Sr. Palmieri se averigua cómo la literatura española ha merecido de los italianos, desde los tiempos más remotos, una curiosidad

y un estudio poco corrientes. Y no se crea que cuantos italianos se han asomado a nuestra literatura son meros filólogos e historiadores, que aunque especies beneméritas y dignas de todos los respetos y gratitudes, no siempre enriquecen el espíritu de la materia en que operan. España se honra con la preferencia de que ha sido objeto por parte de investigadores tan sagaces como Arturo Farinelli, y de pensadores tan universales y profundos como Benedetto Croce, cuyo conocimiento de la literatura española, antigua y moderna, debe enorgullecer por igual a los dos pueblos. Ahora mismo es difícil que ningún otro país de Europa sienta tanta afición y afecto por la literatura de España como Italia, donde nuestros escritores de primera línea—y aun algunos de menor calidad—son conocidos y traducidos como en ninguna otra parte.

Desgraciadamente, los españoles no han correspondido hasta ahora a estos lazos de la inteligencia que nos tiende Italia. Se traduce poco del italiano, y las principales figuras de sus letras apenas se conocen más que de nombre. En Italia existen, si no nos equivocamos, tres cátedras de literatura española: en Génova, Milán y Roma. Nada equivalente podemos ofrecer. Hace poco se fundó en Roma un Instituto italoespañol, del que pronto, tal vez, escriba en nuestras columnas una pluma bien informada. Nada semejante ha hecho España. Se conocen en nuestros círculos literarios las más modestas novedades editoriales de Francia; pero todo lo de Italia suena a cosa distante en el espacio y el tiempo, como lo de Portugal, incluso como lo de Cataluña. A mayor aproximación del espíritu, mayor alejamiento en el trato. No es sólo de ahora esta paradoja castellana.

Pero ya es tiempo que España piense seriamente en buscar contactos y alianzas con los pueblos más afines,

Dr. Alejandro Montero S.

MEDICO CIRUJANO

de la Universidad Real de Roma.

Horas de consulta: { de 9 a 11 a. m.
de 2 a 4 p. m.

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE

Cirujano Dentista Americano

Despacho: 2ª Avenida O. y calle 4ª S.

Solicítense los «Cuadernos de Pedagogía y otros Estudios», que se publican bajo los auspicios del Personal Docente de Heredia.

YA LISTO:

José Ortega y Gasset: *Biología y Pedagogía.*

Precio de los cuadernos: ₡ 1-00

EDITOR: J. GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ DE COSTA RICA

(Pasa a la página 320).

Poemas ingenuos

EL ZAPATERO DE LA CENICIENTA

Si bajo tu aspecto de oveja inocente
no te adivinaron, Cenicienta mía,
la estrella que un día te cayó en la frente
desde tus dos ojos te denunciaría...

Esos ojos tuyos de brillo angustiado,
borrachos de ensueño, locos de pasión,
son como dos chispas que se te han saltado
de la brasa roja de tu corazón...

¿Te acuerdas... te acuerdas de cuando en tu casa
cocinar te hacían? ¡Reina del fogón!
Desde entonces tienes corazón de brasa,
cabellera de humo y ojos de carbón.

¿No oyes de las violas el arrullo blando?...
Es el baile regio... Tu Príncipe amigo,
aunque se fastidia, te sigue esperando;
pero es sólo en gracia de que estás conmigo...

Yo te retuviese; mas tu Hada madrina
quiere que esta noche vayas a bailar:
te viste con blanca seda de la China
y ciñe a tu frente rama de azahar.

¿Cómo vas al baile con traje de bodas?
Cenicienta mía: ¿Te piensas casar?...
(Todas mis fugaces ilusiones, todas,
sienten que la tierra las arroja al mar...)

Pues ya que no puedo besarte en la frente,
zapatero tuyo, me arrodillaré,
para, así, tomarte resignadamente
con un solo beso medida del pie...

¿Sabes por qué intento, como fin de cuento,
zapatero tuyo ser en mi canción?
Porque al elevarte con el pensamiento,
siento tu pie encima de mi corazón!

EL LOBO ENAMORADO

Ten piedad de tu lobo, Caperucita Roja!
Tánto corrí en la tierra, tánto nadé en el mar,
que he perdido los dientes y mi garra está floja:
¡me faltan fuerzas para llegarte a devorar!

Pienso, ¡ay! que ya muy tarde te encontré en mi camino:
si fuera en otros tiempos, ¡qué suntuoso festín
diérame en el encanto de tu cuerpo divino,
con sabor a canela, con olor a jazmín!...

Cuéntale a la Abuelita todo el mal que me han hecho:
pídele que me tome bajo su protección;
y que sólo me deje reposar en su lecho
para en él apretarte contra mi corazón...

Caperucita Roja: yo sé que tú eres buena;
tú eres buena conmigo como nadie lo fué...
¿La herida de mi flanco no te da acaso pena?
¿Por qué no arrancas, dime, la espina de mi pie?

Estoy enamorado de ti, Caperucita...
¿Enamorado un lobo? Sí: un lobo. ¿Y por qué no?
Tu espejo te habrá dicho cómo eres de bonita;
que cómo eres de buena ya te lo he dicho yo.

Si yo fuese Poeta—tal me siento a tu lado!—
escribiría un cuento de profunda intención,
para narrar mis cuitas de lobo enamorado
que se arroja a tus plantas aullando una canción...

Se acabó, pues, tu cuento, Caperucita Roja!...
Este lobo es un lobo que llega a tu país
en són de paz, y trémulo a tus plantas se arroja...
Este es el lobo hermano de Francisco de Asís.

Caperucita Roja, ten piedad de tu lobo!
Cúbreme de caricias y acógeme en tu hogar:
ya ves que no te mato, ni siquiera te robo;
¡pero bien que quisiera llegarte a devorar!

EL MADRIGAL DE BARBA-AZUL

Sube a mi torre, mi buena hermana...
(No olvides sólo que es de cristal;
y se podría por lo liviana
romper, si dices un paso mal...)

Sube a mi torre. Desde su altura,
te será fácil el mirar si
vienen dos ojos por la llanura...
aunque sospecho que están ya aquí.

Vivo esperando yo unos dos ojos
que abran las puertas de esta prisión,
donde me tienen que hallar de hinojos
en una inútil imploración.

La boca seca de tánto beso,
la lira ronca de tánto són,
se me figura que vivo preso;
pero, ay! no dentro de un corazón...

Volcando el cofre de mis placeres,
de mis ensueños rasgando el tul,
veo el desfile de ocho mujeres,
como en la historia de Barba-Azul.

Ocho mujeres han sido mías;
pero yo de ellas lo he sido más.
(Pagué tan caro mis alegrías
que ya no quiero ver hacia atrás...)

Gasté la vida, mi hermana buena,
con ellas tánto, que tú quizás

—ya no conmigo—con mi alma en pena
es solamente que hablando estás...

Yo también tengo mi cuarto oscuro,
donde prohibo que entres jamás;
pues si en él entras, ten por seguro
que al suelo caes o un grito das:

allí están muertas ocho ilusiones,
de pie y en trágica expectación;
y desangrándose, allí, en canciones,
ocho pedazos de un corazón...

Ya que soy uno de tus Poetas,
de mis ensueños rasgando el tul,
asoma y mira si están completas
las nueve musas de Barba-Azul.

Mujer que olvide quiero el pecado
o la inocencia que cometí:
tras de las ocho que me han matado,
¡yo espero que una muera por mí!

Sube a mi torre. Desde su altura
te será fácil el mirar si
vienen dos ojos por la llanura...
aunque sospecho que están ya aquí!

EL GATO EX-BANDIDO

Debo confesarte que me cansa el arte
de hacer papel siempre de gato bandido;
y que un día de estos me iré a cualquier parte
donde nadie pueda saber lo que he sido...

¡Oh si tú volviesses a ser Cenicienta
y si te obligasen luego a cocinar,
mi melancolía como es friolenta
buscaría el grato calor de tu hogar!

Quiero ser, por obra de tu Hada madrina,
para hilar apenas mis sueños dorados,
un gato tranquilo siempre en tu cocina,
harto de aventuras ya por los tejados...

Gato que, clavándote ojos de malicia,
sentiría el roce de tu mano buena
sobre el lomo arqueado bajo tu caricia...
(¡Si hoy me la pasases sobre la melena!)

Me regalarías con un buen pedazo
de carne... ¡Oh la carne! ¡Oh impulsos perversos!...
Y yo jugaría sobre tu regazo;
y me ovillaría runroneando versos...

Si un leve mordisco o un fino arañazo
a sufrir llegases acaso de mí,
gozar yo te haría, curvo el espinazo,
del restregamiento de mi frenesí...

Tú me curarías de este esplín felino,
con que en mi bostezo proyéctase el plan
de dar un asalto o andar un camino
o perseguir sombras que vienen y van...

Sintiéndome tigre, nada extraordinario
fuera que, en un resto de instinto feroz,
quisiese yo un día cazarte el canario
que, en jaula de oro, tienes en la voz.

Como en los afanes de tal cacería
osárte un beso robar mi inquietud,
tu Hada protectora golpe me daría
tan fuerte con una vara de virtud

que el gato ex-bandido, lleno de tristeza,
se convertiría, por fin, en ratón,
condenado a irse quizás de cabeza
dentro de la trampa de tu corazón!

POUPEE

Muñeca mía de carne y hueso:
dame el confite que hay en tu beso
y unta mis labios con tu carmín.
Deja que indague discretamente,
náufrago entre olas de encaje hirviente,
si estás rellena con aserrín...

¿Qué artista te hizo de porcelana?...
Copió en tu boca la viva grana
con que parece que arde un clavel...
Puso en tus ojos sabios hechizos,
polvo de estrellas sobre tus rizos,
canela fina bajo tu piel...

Te vistió luego toda de seda...
Crujiente enagua les hace rueda
a los zapatos, en que el charol
brilla de modo que me imagino
que, adelantándose a mi destino,
te está besando los pies el Sol.

Vibrante y ágil, preciosa y fina,
entre las cejas de tinta china
metido tienes acaso un plan,
ya que no hay nadie que los soporte
cuando movidos por un resorte
tus grandes ojos vienen y van...

Pero no creas que tú me inspiras
serios cuidados cuando me miras:
ya pasó el tiempo del Gran Rey Luis;
y, así, deduzco por tu vestido
el que no hay duda de que has venido,
en una caja, desde París.

Te han dado cuerda, seguramente,
para que vayas entre la gente
siempre orgullosa de tu papel...
Muñeca linda: bien que lo has hecho;
mas si no tienes cuerda en el pecho,
deja que ponga mi oído en él...

Muñeca linda de porcelana:
por ti recuerdo la de mi hermana,
que en manos mías, ay! se quebró.
Ya no te pido beso ni abrazo;
pero no pienses que te rechazo,
sino que temo quebrarte yo...

Para estar libre de un disparate,
póngote dentro de escapatate
donde te miro por un cristal,
cual presidiendo, muñeca mía,
toda la humana juguetería
desde la altura de un Ideal!

José Santos Chocano

Alianzas intelectuales...

(Viene de la página 317).

interesándose por la cultura de aquellos que más buscan y comprenden la suya. Las literaturas romances, incluyendo las hispano-americanas, deberían recibir consideración especial de las Universidades españolas y también de nuestros otros organismos culturales y de nuestros editores. Ya ha respondido el Ateneo de Madrid a la proposición del señor Lugones para fundar en Buenos Aires un Instituto hispano-argentino semejante al italo-argentino, que ya funciona. Aunque tardía, la respuesta merece calurosos plácemes. ¿Por qué no crear aquí también un Instituto italo-español y otro hispano americano?

Los pueblos no sobreviven ni continúan elaborando historia sólo por lo que crean espontáneamente sino por su aptitud para organizar la difusión

de sus valores, como hace Francia, en esto maestra. Pero tampoco se puede pretender que los demás cuiden de nosotros si no acertamos a corresponder a sus desvelos y afanes por lo nuestro. La simpatía más desinteresada acaba fatigándose y entibiándose ante la indiferencia del que la recibe. «Do ut des». En esta hora crítica de la historia, cada tipo de cultura se esfuerza por sobrenadar en el futuro. Búscanse inteligencias y alianzas. Las de España están claramente señaladas. Una de las primeras es Italia, la gran heredera inmediata de la cultura greco romana. En las otras alianzas, políticas y militares, es natural que tiemble el pulso de los cancilleres y estadistas. En estas otras del espíritu, no hay más que abrir los brazos.

(Editorial de *El Sol*, Madrid).

La extraña novela de Nita Naldi

No le sucederá nada semejante a Nita Naldi, la estrella del cine, cuya meridional belleza, aquí erótica, ha llegado a la celebridad. Nita Naldi no bailará tango sobre cocodrilos socarrones y panteras negras y oblicuas. Porque Nita Naldi, con inquietante belleza de vampiro, tiene el alma de Cenicienta y podría vivir en una alcoba de cristal tan transparente como la zapatilla famosa.

La conocí cuando era corista del Winter Garden, en una casa especie de «boarding» de la calle 47, donde vivía Torres Palomar, el peregrino artista mexicano. Una media noche oímos mi amigo y yo un tumulto en el «hall» de la casa. Voces masculinas suplicaban y una voz de mujer de timbre cálido respondía con tono decidido y perentorio:

—Les digo que no: que quiero ir a dormir; que el champaña me fastidia y que todos ustedes me revientan!

Nos asomamos. Nita Naldi volvía del teatro donde trabajaba y rodeada de «ricarditos» y otras alimañanas de cabaret, les daba con la puerta en las narices. Cuando salió el último se echó a reír diciéndonos:

—¡Esto pasa todas las noches! Voy a tener que alquilar un detective para que estos «Johnies» me dejen en paz. Todos se creen irresistibles y no se explican cómo siendo yo una corista puedo dejar de emborracharme con ellos, como las otras chicas del Winter Garden...

Ahora «dear Pal», «si no estás muerto

hoy», dame una taza de té en tu estudio y que venga mi hermana a acompañarnos...

Aquello de «si no estás muerto» se refería a una costumbre del artista que cuando no quería que interrumpieran su trabajo los importunos, colgaba en la puerta de su estudio un fúnebre cartel con toda clase de atributos macabros y un letrero que decía: «¡Palomar ha muerto!»

Tomar el té al regreso del teatro se hizo costumbre. Nita era un caso raro de sangre fría y buen juicio entre la gente del teatro, y su hermana, aunque plásticamente menos bella, lo era igual moralmente. Nita ganaba poco dinero, todas las coristas ganan poco como tales, y mucho ejercitando el «flirt» con todos sus colores y temperaturas, y por lo tanto, la hermana de Nita hacía bolsas de chaquiras, trabajando todo el día.

—¿A cuánto ha llegado el viejo Sey-

mour? —solíamos preguntar a la linda corista, que riendo contestaba:

—Todavía está en 500 dólares...

El tal Seymour era un provector y acaudalado sátiro de entre bastidores, que picado y exasperado por la virtud adamantina de Nita, había principiado ofreciéndole 100 dólares por un beso «en presencia de testigos y con duración de 5 segundos con reloj en mano, y opción para pagar diez dólares más por cada segundo extra». Todas las noches un «botones» del teatro anunciaba la nueva postura, a lo que Nita contestaba entre el escándalo de las otras coristas y las carcajadas de los presuntos rivales, con el invariable «I should worry» que en «slang» neoyorkino equivale a un rotundo: «¡Pal gato!...»

No sólo era Nita una vestal en cuanto a virtud, sino que perfecta camarada, que llevaba su solicitud hasta a cuidar a Palomar cuando enfermó, y a poner orden, plumero en mano, en el caos del estudio. Cuando refería a mis amigos el caso singular de la corista virtuosa e inexpugnable, la respuesta invariable era un pesimista y socarrón «¡ya caerá!». Nadie creyó en la diáfana pureza de aquella rara salamandra de cristal... de cristal de Murano ondulante en gráciles curvas que cuajaba rosas en la boca musical y sombrías esmeraldas en los verdes ojos de náyade...!

EL LADRON DE LAS MATINEES.

PUES bien, Nita Naldi no ha caído y probablemente el viejo Seymour en los cuatro años transcurridos, ha llegado al millón de dólares sin arrancar el beso de los labios floridos.

No puede haber mejor prueba que la que voy a referir.

Acaba de ser aprehendido el famoso «ladron de matinees», llamado así porque robaba de día las habitaciones de los actores célebres mientras estos se ausentaban para trabajar en los ensayos o las representaciones de sus diversos teatros.

Ya preso, hizo lo que hace aquí

(Pasa a la página 322).

BOTICA ESPAÑOLA

Preparaciones

ASTOR:

ELIXIR ANTIPALÚDICO

VERMÍFUGO

INYECCIÓN ANTIGONORREICA

SAN JOSE
COSTA RICA

Letras de América

JOSÉ MARÍA CHACÓN,
ENSAYISTA SENTIMENTAL

ENSAYISTA

¿POR qué no, queridos amigos de Madrid? Os resistís demasiado a la palabra, vosotros que tenéis todavía una agilidad popular para la fabricación de vocablos. No me haréis creer que, tomando a broma la expresión, dais trato duro a lo que significa en todas partes. Si un hombre no escribe novelas, ni teatro, ni poesía lírica, si no se pone, para crítico, unas terribles gafas capaces de dotar a su rostro de imponente seriedad, en el caso de que naturaleza no hubiera querido dársela, y, sin embargo, ese hombre escribe, ¿cómo le vamos a llamar? Filósofo acaso no puede; crítico, a secas, tal vez no quiere: se le presenta en términos mucho más humildes el dilema de los señores de Rohan: quédese en ensayista.

UN ENSAYISTA CUBANO

Aquí tenemos, verbigratia, a José María Chacón, ensayista cubano. Es inútil cuanto haga para disimular su profesión de ensayista: aunque intente corregir con las consabidas gafas una juventud harto evidente; aunque se dé, en su porte y corpulencia, aires de persona mayor; aunque imprima en Madrid libros graves, de puro erudito; aunque alterne con lo más empingorotado de la Academia, de la Erudición y de la Diplomacia, José María Chacón es un ensayista. Peor aún: es un ensayista sentimental.

BIBLIOGRAFIA

Los *Ensayos de literatura cubana* (Madrid, Calleja, 1922), están escritos desde 1913 hasta 1915. Son conferencias y monografías; la primera data, según advierte el autor, de sus tiempos escolares. De 1917 es un estudio sobre *Cervantes y el Romancero*, que anticipa en cierto modo una tesis de Menéndez Pidal. En 1920 ordena, para la edición nacional de las obras de Gertrudis Gómez de Avellaneda, una tabla de variantes. Hasta aquí no vemos más que la frente arrugada y los ojos atentos tras los grue-

sos cristales de las gafas. Pero ya en 1919 ha salido de las prensas de Costa Rica (El Convivio) un *Hermanito Menor* que anuncia otros rumbos. Y, después de *Las cien mejores poesías cubanas* (Madrid, Reus, 1922) viene, de Costa Rica también, un nuevo tomito delator; se llama, descaradamente, *Ensayos sentimentales* y ostenta en la portada la cifra del año actual.

CHACÓN, CRITICO

Los dos tomos mayores, el de *Literatura cubana* y el de *Las cien mejores poesías* nos dan un crítico que trabaja sobre los más completos materiales bibliográficos, con una rara escrupu-

losidad. En aquel libro se habla de los orígenes de la poesía en Cuba, de los romances tradicionales conservados en la isla, de Heredia, de la Avellaneda; asuntos tocados ya por Menéndez Pelayo en su *Historia de la Poesía Hispano-Americana*, formada, como es sabido, por los prólogos que puso a los cuatro volúmenes de la *Antología académica*. Los estudios de Chacón son su mejor complemento en lo que se refiere a Cuba. La cuestión de orígenes, trabajada en vista de papeles que Menéndez Pelayo no pudo tener a la vista, aparece más determinada, adquiere importantes perfiles. En las figuras grandes, Heredia y la Avellaneda, se nos da un punto de vista cubano. El libro del gran español es importantísimo, porque sitúa en la tradición literaria de nuestra lengua la obra de los países más jóvenes; pero es indispensable contrastarlo con las diversas historias nacionales, hechas en unos países con todo esmero y cabal información, deficientísimas en otros y por hacer todavía en algunos.

Chacón va elaborando en sus monografías la parte cubana. Su reivindicación de la Avellaneda no logra convencernos. Si se la compara sólo con los poetas más importantes de sus días en España, donde pasó, bien sabido es, casi su vida entera, pueden señalarse, ciertamente, diferencias que recoge Chacón. Pero conviene relacionarla también con los menores—menores en el sentido literario de la palabra y menores también que ella—y se hallará, su tersura expresiva en versos de nuestro Parnaso, menos grandilocuentes que los que intentaban darle el tono y alcanzaban resonancia más alta; su misticismo podrá equipararse, en el tono, con el revelado por las colecciones piadosas, no escasas por aquel entonces.

Queda su entusiasmo expresado por el país en que nació—y no más vigorosamente sentido que el de otros poetas españoles por su región peninsular—, y, sobre todo, su personalidad de mujer, única entonces y sólo equilibrada a ratos en la prosa por Fernán Caballero, y en la poesía, de modo intermitente, por Carolina Coronado. No preludiva todavía la poetisa más grande que España produjera jamás, Rosalía Castro.

De los otros estudios, para un español, ninguno tan interesante como el de la supervi-



Don JOSÉ MARÍA CHACÓN Y CALVO

Escritor cubano y el autor de *Hermanito Menor* y *Ensayos Sentimentales*, en las ediciones del «Convivio» y del «Repertorio Americano», respectivamente.

vencia isleña del romancero. Chacón, en su reciente viaje a Cuba, ha dado nuevo impulso a los estudios de literatura popular fundando, en las principales poblaciones, por encargo especial de su Gobierno, sociedades folklóricas.

Las cien mejores poesías cubanas dan algo más que su título. Sobre lo que se halla en las colecciones de análoga denominación, encontramos aquí, al pie de las selecciones poéticas que abarcan la obra de treinta y siete autores, notas biográfico-críticas, de buena información y juicio atinado. Sobre este libro nos convendrá volver otro día para recoger por él las notas características de esa poesía antillana. Sólo por cuatro nombres: Heredia, la Avellaneda, Martí y Casal, merecería, especialísima, una consideración esta lírica, que cuenta, además, con otros muy estimables.

HERMANITO MENOR

APENAS llegado a España emprendió José María Chacón una serie de viajes que muy pronto le hicieron familiar esta tierra. En su obra empiezan a dominar las notas líricas que le sugiere la contemplación del paisaje y el contacto con las almas. Ha descubierto un pueblecito pirenaico, Lanuza, y en él ha encontrado al «hermanito menor». «Junto al valle y a las selvas de Lanuza, veo un paseo muy largo, junto a un gran río, un paseo lleno de árboles, un rebaño paciendo a lo lejos y un niño que va enseñándome todo, y que cuando me habla de algo, parece que antes pasa por su corazón». Quizá no pudiera hacerse mejor resumen del libro que el encerrado en estas líneas. Un pueblo español, cuna de antepasados suyos, un niño español, en quien halla un puro espíritu fraterno, hacen del crítico objetivo, del hombre libresco, un melancólico observador de la vida rústica, despiertan resonancias sentimentales en su corazón.

LOS ENSAYOS SENTIMENTALES

ULTIMA, por hoy, de sus obras, reúne ésta en sus páginas artículos diferentes por sus temas, escritos para una conmemoración, o con motivo de un viaje, de una lectura. «Un libro sin un canto y sin un solo silencio» — dice la dedicatoria a Francisco José Castellanos «en la clara y eterna noche».

No es eso; un libro de canciones, o poco menos. *El buen maestro, El místico y el mar, Bailes en Santillana, El retrato desconocido*, podrían transcribirse en versos, líricos o narrativos, sin gran mudanza. Los capítulos dedicados a José de Armas, a Antonio Machado, a Alfonso Reyes, son más,

que estudios, efusiones en que el cariño enciende para la inteligencia su lámpara maravillosa. Más «escritura» que en el *Hermanito menor*, pero en el buen modo; es decir, más exigencias con la pluma para que no se desmande. Ningún silencio, quizá; y del canto, sólo el tema; contado en prosa limpia.

UN CHACÓN ESCONDIDO.

ALGUNOS capítulos de estos *ensayos* hacen alusión a la vida teatral madrileña. ¿Saben muchos que, al amparo de pseudónimo, hizo Chacón en cierta

revista madrileña, crítica de teatros? Las alusiones de aquí son como los paréntesis de aquella campaña. Pero en las reseñas dramáticas de «Farfán de Rivera» había un irónico buen humor comunicativo que se nos antoja esencial en el espíritu de este escritor y que, unido a sus otras cualidades, ha de contribuir a que se fijen para siempre en una vigorosa manera propia sus altas dotes literarias. No quisiéramos que ese Chacón se quedara escondido. Amemos el rosal que no malogra ni una de sus flores.

E. DíEZ CANEDO

(España, Madrid).

La extraña novela de Nita Naldi...

(Viene de la página 320).

todo hombre que por un motivo o por otro llega a la notoriedad: vender a un gran diario los detalles de la actividad que los hace célebres.

El «ladrón de matinées» produjo las más divertidas indiscreciones, después de haber violado la intimidad de la vida de las estrellas machos o hembras.

Así dijo que el famoso Lou Tellegen, un Apolo teatral de esos que aquí llaman «perfectos amantes», era un tanto cursi, pues sus trajes interiores no eran de muy buena clase y no tenía (¡oh, crimen para un Bru-

mel!) sino seis corbatas. A la actriz X le robó valiosas pieles, pero descubrió que ella misma tenía sus... pantalones sederos. En el «secretaire» de la incomparable soprano H, halló un collar de magníficas perlas junto a un sandwich de salchichón... Todos, ellos y ellas, tenían una voluminosa correspondencia amorosa; muchos guardaban boletos de empeño, whiskey en frascos de colonia, naipes y cigarrillos de todas las marcas, y en una palabra, los atributos y adminículos indispensables para el riguroso y sistemático ejercicio de todos los pecados capitales...

Pero al llegar a la habitación de Nita Naldi, a quien también intentó robar, el «ladrón de matinées» disfrazado, se encoleriza al principio y conviene al fin en que la bella actriz es toda una buena muchacha...

«Todas las joyas que allí encontré me resultaron falsas; no había ni cigarrillos, ni frascos de whiskey, ni barajas, ni cartas de amor... En cambio los trajes de la heroína de «Sangre y Arena» eran de muy buen gusto, pero de poco valor, y estaban guardados en un orden perfecto y perfumados con lavándula como el guardarropa de una colegiala».

No había vuelto a ver a Nita Naldi más que en la pantalla donde triunfa al lado de Valentino.

Y ahora, después de muchos años y gracias al «ladrón de matinées», la virtud imperturbable de mi antigua conocida, vuela en alas de los grandes diarios y llena a Nueva York con su fragancia.

Un aroma bien raro, exótico, desconcertante, que no se huele aquí muy a menudo.

Nueva York, junio de 1923.

JOSÉ JUAN TABLADA

(Excelsior, México, D. F.)

Libros y folletos de ocasión a precios módicos

Tenemos encargo de vender los siguientes:

| | |
|--|------|
| V. Cherbuliez: <i>El conde Kostia</i> , 2 vols. \$ 2.00 | |
| Miguel de Unamuno: <i>Paz en guerra</i> (novela) | 3.00 |
| P. Henríquez Ureña: <i>Mi España</i> | 4.00 |
| R. Heliodoro Valle: <i>Anfora Sedienta</i> | 4.00 |
| Pedro Prado: <i>Ensayos</i> | 1.50 |
| Pedro Prado: <i>La Reina de Rapa Nui</i> | 1.50 |
| Alberto Carvajal: <i>Ritmos breves</i> | 3.00 |
| Emilia Bernal: <i>Alma errante</i> | 3.00 |
| A. Fogazzaro: <i>Daniel Cortes</i> (2 tomos) | 2.00 |
| M. D'Aziaglio: <i>Mis recuerdos</i> (3 tomos) | 4.50 |
| G. K. Charleston: <i>El hombre que fué jueves</i> (novela)..... | 3.50 |
| Cervantes: <i>Novelas ejemplares</i> (4 tomos) | 4.50 |
| C. Hispano: <i>En el Valle del Cauca</i> | 3.00 |
| Arturo Borja: <i>La flauta de bñix</i> | 2.00 |
| R. Rolland: <i>Nicolai y el pensamiento social contemporáneo</i> | 1.25 |
| Luis Carlos López: <i>Por el atajo</i> | 5.00 |
| J. S. Alvarez (Fray Mocho): <i>Salario criollo</i> | 2.50 |
| Rodolfo Rocker: <i>Artistas y rebeldes</i> (Poe, Tolstoy, Wilde, Kropotkine, etc.) | 4.00 |

Marcelino García Flamenco

SENTIMIENTOS de simpatía y gratitud, y hasta de admiración, ha merecido del pueblo de Costa Rica Marcelino García Flamenco, obrero del progreso intelectual de estos países, modesto, laborioso y aun brillante en su afán por servir la causa de la libertad y de la civilización humana.

La Municipalidad de San José ha bautizado con el nombre de este maestro de escuela una de las plazas públicas de esta simpática y bella ciudad, y el Gobierno de la Nación ha dispuesto que los restos de ese ejemplar ciudadano sean colocados en el mausoleo donde se guardan los despojos mortales de otros preclaros varones costarricenses, y que la gratitud nacional ha levantado.

Motivo tan patriótico y noble, nos ha sugerido la idea de consignar en estas líneas algunos rasgos biográficos de García Flamenco.

Allá por el año de 1880 llegó a la cabecera del distrito de Tejutla, que lleva el mismo nombre de éste, en el departamento de Chalatenango, de la República de El Salvador, el abogado Marcelino García, oriundo del departamento de San Vicente, de la propia República, a desempeñar el empleo de Juez de Primera Instancia. Por aquel entonces se había vecindado también en aquella población, una honrada familia de apellido Flamenco, procedente de la ciudad de Suchitoto.

Como quiera que había pocas familias de sociedad en aquel lugar, con quienes relacionarse, el Juez de Primera Instancia cultivó una amistad afectuosa con la familia Flamenco, de recomendables cualidades morales, y pronto unió su destino por medio del matrimonio, con la señorita Rafaela de aquel apellido.

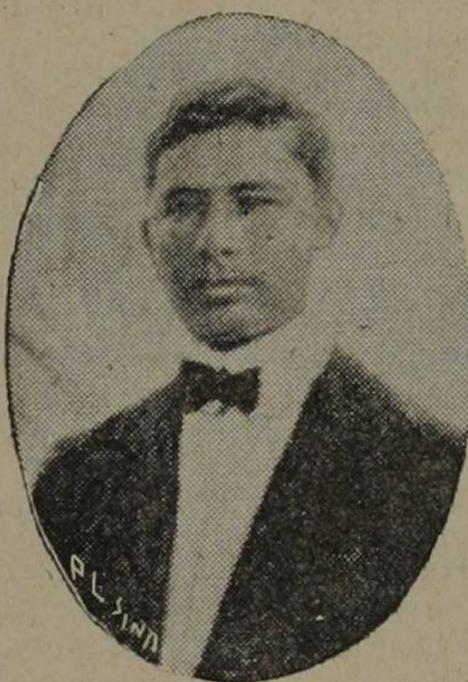
Modelo de virtudes fué el nuevo hogar; y nacieron de ese matrimonio cuatro hijos: María Abelina y Marcial, que murieron en la infancia, y Refugio Laura, con quien sus padres se trasladaron a la población de San Esteban, en el mencionado departamento de San Vicente, de donde era originario Marcelino García padre, y Marcelino que nació después.

Es la población de San Esteban muy pintoresca, y ocupa una altura de las montañas cuscatlecas. Su clima es suave y delicioso, y está rodeado de bosques. Sus moradores se dedican especialmente al cultivo de la caña de azúcar, y es de verse el movimiento y la alegría con que los hombres y aun las mujeres hacen el trabajo, al compás del ruido alentador de los trapiches, que movidos por apacibles y bondadosos bueyes, hacen competencia en unión

de otros numerosos del resto del país, a los grandes ingenios que hay establecidos en la República.

En aquel pueblo de San Esteban vió la luz primera Marcelino García Flamenco, en el día 26 de setiembre de 1888, cinco meses después de haber fallecido su padre, y en aquel lugar, en que reina la calma y tiene bellas perspectivas, probablemente aprendió a amar la libertad y el derecho.

Rafaela Flamenco de García, ya



MARCELINO GARCÍA FLAMENCO

(Cortesía de don Fco. M^o NÚÑEZ)

viuda, retornó acompañada de sus hijos Refugio Laura y Marcelino, en la infancia ambos, a Tejutla, al lado de sus familiares, en el año de 1892; buscando el consuelo de la compañía de éstos, en su tristeza y su profundo pesar.

Allí pasó los años de su infancia García Flamenco; después fué llevado a Suchitoto a efectuar sus estudios primarios, y en seguida entró como alumno en el colegio que en San Salvador dirigía el Padre Agustín Tenorio.

Cuando en 1900 emprendía García Flamenco, con ahinco y entusiasmo, sus estudios, fué atacado de grave dolencia: la fiebre amarilla le hizo presa en aquella capital. Su buena madre llegó de Tejutla a asistir a su hijo querido, hasta lograr rescatarlo de las garras de la muerte, que había pretendido arrebatarse aquel preciado tesoro de su corazón.

Pero cosas del destino inexorable! La madre de García Flamenco cuando regresaba al lugar de su domicilio, dejando ya salvo y sano a su hijo, fué atacada en el camino, a su vez, de

fiebre amarilla, de una manera tan terrible, que, no siendo posible salvarla, falleció por consecuencia de ella, dejando a aquél y a su hermana Refugio Laura, inconsolables en su orfandad.

Desde entonces, una hermana de su madre, llamada Guadalupe Flamenco, prodigó los cuidados de una madre verdadera a sus sobrinos huérfanos, interesándose por la educación de éstos.

En 1902, Guadalupe obtuvo una beca para Marcelino en la Escuela Normal de Varones de San Salvador, fundada y sostenida por el Gobierno y dirigida por el notable educacionista colombiano Francisco A. Gamboa. Para poder permanecer Marcelino en la Escuela Normal, recibía los auxilios de su madre adoptiva Guadalupe Flamenco y de su hermana Refugio Laura, que aunque de corta edad, servía una escuela de niñas en Tejutla.

Alumno distinguido fué García Flamenco, por su comportamiento y dedicación al estudio; y se granjeó el aprecio y consideraciones del Director y de los profesores de la Escuela; así

Nº 149

EL CONGRESO CONSTITUCIONAL DE LA
REPUBLICA DE COSTA RICA

DECRETA:

Artículo único.—El Poder Ejecutivo trasladará los restos de los heroicos maestros Marcelino García Flamenco y Selim Arias Durán, y de sus abnegados compañeros que igualmente cayeron en esa jornada libertadora, para inhumarlos en el mausoleo de esta capital, erigido a don Rogelio Fernández Güell y compañeros. Se les tributarán honores religiosos y escolares. Destínase la suma de cinco mil colones (¢ 5000-00) para cubrir los gastos que demande la ejecución de esta ley.

COMUNÍQUESE AL PODER EJECUTIVO

Dado en el Salón de Sesiones del Congreso, Palacio Nacional, San José, a los treinta días del mes de julio de mil novecientos veintitrés.

ARTURO VOLIO

Presidente.

NAUTILIO ACOSTA JORGE ORTIZ E.
Segundo Secretario. Primer Prosecretario.

Casa Presidencial, San José, a los tres días del mes de agosto de mil novecientos veintitrés.

Ejecútese

JULIO ACOSTA

El Secretario de Estado encargado
del Despacho de Gobernación,

AQUILES ACOSTA

como la estimación de sus condiscípulos.

Salido de las aulas, comenzó en 1906 a ejercer el profesorado, actuando como auxiliar en una escuela de varones de la ciudad de Zacatecoluca, en el departamento de la Paz; y en el año siguiente se trasladó a la capital, a trabajar en algunos colegios.

Allí permaneció un poco de tiempo, y como era amante de conocimientos

y tenía un espíritu lleno de ilusiones, dispuso conocer otros países, principalmente los centroamericanos, y salió de aquella ciudad, rumbo a Honduras; y habiendo llegado a Tegucigalpa, desempeñó en aquella capital un empleo público en el profesorado, y se dedicó a dar clases a domicilio, sobre enseñanza primaria.

Después emprendió su marcha hacia Costa Rica, en busca de un ambiente propicio para su noble y sublime vocación: el Magisterio. Desde niño dió muestras de tener esa vocación por la enseñanza.

Cuando llegaba a vacaciones a Tejutla, reunía en su casa a varios niños del pueblo; jugaba con ellos casi siempre de escuela, y les enseñaba lo que él había aprendido.

Fué amoroso con su madre, y también lo era con su madre adoptiva y con su hermana; y aunque no conoció a su padre, guardó siempre mucho aprecio y amor para su memoria. Tenía un retrato de éste, que siendo niño lo besaba, y siendo hombre lo llevaba consigo.

Era poco comunicativo; pero en sus relaciones amistosas muy afable y sincero. Con todos fué respetuoso y a su vez considerado y respetado.

De carácter digno; fué su norma el cumplimiento del deber y la tranquilidad de su conciencia. Tuvo siempre nobles aspiraciones.

Sólo en una ocasión lo castigó su madre.

Esta le había dado una moneda de plata y otro niño amigo suyo le quitó la moneda. Marcelino se la reclamó, y el niño se negó a devolvérsela y huyó. Marcelino lo persiguió, y en la carrera el niño cayó al suelo. La madre llegó a restablecer la paz entre los

contendientes; pero Marcelino insistió en reclamar su moneda; mas persistiendo el niño en su negativa, aquél se hizo justicia por sí mismo, dándole un golpe. Por este motivo, la madre castigó a Marcelino, quien lloró y se encerró en un cuarto de la casa. Con la intervención de la madre, la moneda le fué devuelta a Marcelino, y éste salió entonces del escondite en que se encontraba.

En su físico, Marcelino era de porte elegante, alto y bien formado; sus ojos eran amarillos, y en su mirada se reflejaba el hombre de acrisolada honradez.

No son principal condición las altas dotes intelectuales; ni se necesitan los faustos elementos que tiene en sus manos el hombre poderoso, para hacerse acreedor a la estimación de los contemporáneos y a las alabanzas de la historia; basta ser hombre de carácter y poseedor de sentimientos de elevado y generoso altruismo; basta ser honrado y perseguir el bien en labor constante.

García Flamenco es un ejemplo viviente de lo que puede la fuerza de voluntad en la práctica de las buenas acciones.

Los datos que hemos expuesto son algunos rasgos salientes de la vida del salvadoreño García Flamenco. Ahora, en cuanto a su vida como costarricense, en Costa Rica, en esta tierra de nuestra predilección y de nuestro cariño, lo han de saber los costarricenses, puesto que se afanan en reverenciar y venerar tanto su grata memoria, y al decir de ellos, su glorioso recuerdo...!

F. MARTÍNEZ SUÁREZ

San José, Costa Rica, agosto de 1923.

PODER EJECUTIVO

Nº 2

FRANCISCO AGUILAR BARQUERO

PRESIDENTE PROVISIONAL DE LA
REPÚBLICA DE COSTA RICA

Considerando:

Que la vida fecunda y la muerte heroica de Marcelino García Flamenco son una admirable lección de civismo para todos los ciudadanos de esta República; que como maestro ese hijo de El Salvador prestó estimables servicios a la causa de la educación costarricense; que así por sus servicios como por su muerte ejemplar en defensa de nuestras libertades, el país ha contraído con él una ingente deuda de gratitud y que, a más de exteriorizarse nuestro reconocimiento con el bronce y el mármol, que también ganó, es deber del Estado auxiliar en cuanto sea posible a la madre adoptiva del hijo abnegado y patriota, cuyo apoyo ha perdido,

Decreta:

Concédase una pensión vitalicia de veinticinco pesos oro americano mensuales a la señora doña Guadalupe Flamenco de Martínez, tía carnal y madre adoptiva del egregio maestro de escuela Marcelino García Flamenco.

Dado en la ciudad de San José, a los veinte días del mes de noviembre de mil novecientos diez y nueve.

FRANCISCO AGUILAR BARQUERO

El Secretario de Estado en el
Despacho de Relaciones Exteriores,

ANDRÉS VENEGAS

El Secretario de Estado
en el Despacho de Gobernación,

CARLOS M. JIMÉNEZ

El Secretario de Estado en el
Despacho de Hacienda,

CARLOS BRENES

El Subsecretario de Estado
en el Despacho de Fomento,

MANUEL ECHEVERRÍA

El Secretario de Estado en el
Despacho de Instrucción Pública,

J. GARCÍA MONGE

El Secretario de Estado en el
Despacho de Guerra y Marina,

AQUILES BONILLA G.

Las conferencias de Vaz Ferreira en la Universidad de Montevideo

Montevideo, junio de 1923.

El ambiente

EL maestro Vaz Ferreira acaba de inaugurar su curso de Conferencias filosóficas correspondiente a este año. Esta cátedra, fundada hace algunos años por ley del Estado para el propio Vaz Ferreira, es hoy una de las pocas manifestaciones que dan tono a la vida intelectual de Montevideo. Vaz Ferreira da sus Conferencias todos los viernes, a las 6 de la tarde, en el salón de actos públicos de la Universidad. El salón tiene figura de hemiciclo, con capacidad para unas 500 personas y la entrada es libre para

todo el mundo. Pero como nunca todo el mundo se entera de estas cosas, puede aquí darse el caso de que la concurrencia que acude a oír al maestro Vaz Ferreira sea numerosa sin dejar de ser selecta. Cuando ya las tribunas están cubiertas advertimos que abunda notablemente el elemento femenino. El ambiente de la sala se hace con esto más fino, más elegante, más distinguido, aunque debemos apresurarnos a decir que en este caso no entendemos por finura, elegancia y distinción ese tono peculiar que da a las reuniones el elemento de alta sociedad. Por eso probablemente este auditorio, además de selecto, es devo-

to. La gente entra en punta de pies y se acomoda en la sala sin hacer ruido. Nadie habla. Nadie parece interesarse por otra cosa sino porque el maestro aparezca en el estrado. Si alguno llega después de comenzada la Conferencia, busca refugio en algún rincón remoto, para que su presencia pase inadvertida.

A la hora en punto, matemáticamente, la figura un poco extraña de Vaz Ferreira asoma por una de las dos pequeñas puertas con cortina que se abren en el fondo del estrado y lo cruza con paso lento y sordo. La primera impresión que recibimos es la de que entre Vaz Ferreira y el mundo material no hay más punto de contacto que el de la tabla que pisa y la suela del calzado con que la pisa, que nos parece de goma, para que el punto sea más leve. El maestro es alto, delgado, con una ligera inclinación hacia un lado que nunca acertamos a saber cuál es; viene vestido de negro y porta bajo un brazo algo encogido una cartera de piel con sus papeles que coloca sobre la mesa, ante la cual se sienta y desde donde habla, en medio del estrado, lo más cerca posible del auditorio. Después de los papeles, y ya sentado, Vaz Ferreira va colocando sobre la mesa algún libro que trae para una cita, el reloj que se desprende de un ojal, los lentes que desenfunda del estuche y el estuche al lado de los lentes.

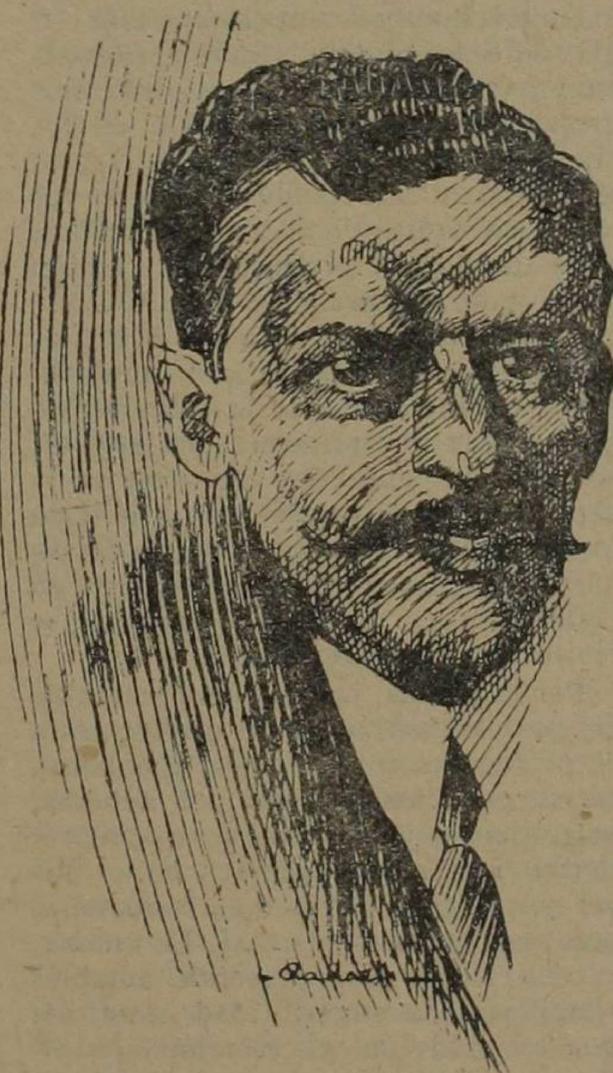
Mientras hace todo esto, la fisonomía de Vaz Ferreira mantiene con el público una especie de diálogo mudo, que un amigo mío ha calificado de momento musical. La mirada, que tiene un extravío casi fantástico, circula de rostro en rostro llena de interrogaciones, bajo el ceño movible y dolorido, y repentinamente se detiene en un punto invisible como esperando, o bien como asaltada por una voz que nadie ha oído y que por modo súbito ha borrado una larga sonrisa afectuosa que recorría las facciones del maestro. Luego los ojos vuelven a danzar, la sonrisa reaparece, y el motivo se repite en el silencio del auditorio absorto, un poco sobrecogido, hasta que una mano larga y fina del maestro levanta los lentes por el montante de oro, los aproxima a la nariz, los retira, los deja suspensos en el aire y sale una voz opaca y melancólica que casi siempre comienza así:

—Ante todo, vuelvo a pedir que se me propongan temas...

Intercambio espiritual

ESTE pormenor solícito tiene gran importancia para nuestra crónica, porque explica y manifiesta una de las características centrales de estas conferencias; ello es, hasta qué punto el

maestro se empeña en poner su pensamiento en contacto con el de sus oyentes; en establecer un régimen de mutua comprensión y colaboración intelectual entre su espíritu y el de su auditorio, que por cierto no es un auditorio obligado de estudiantes inscriptos, sino completamente libre, independiente y voluntario, sin sujeción a otras normas que aquellas que espontáneamente fluyen de las vinculaciones morales creadas entre maestro y discípulos. Mucho me temo que la palabra éxito suene un poco burdamente en el oído de Vaz Ferreira, pero yo no dispongo de otra para con-



Dr. CARLOS VAZ FERREIRA

Visto por MARIO RADAELH

signar que el alcanzado por él se debe en buena parte a esa intervención directa que sabe dar al público en el rumbo de sus disquisiciones y que no se limita en realidad a los casos en que contesta a observaciones que le han sido formuladas por escrito, puesto que muy a menudo se advierte que el conferenciante, trasladándose por una especie de fuga, que llamaríamos telepática, al lugar de quienes le escuchan, se sale al paso a sí mismo y trata de aplacar las inquietudes que en el alma del discípulo suscitó la palabra del filósofo.

Claro que tampoco en el caso en que Vaz Ferreira contesta a observaciones formuladas directamente por escrito suele verse obligado a salirse del tema que sirve de tronco a cada serie de

conferencias, porque los que las remiten lo hacen estimulados por las afirmaciones del conferenciante, que además generalmente se plantea temas susceptibles de vasto desarrollo por sus aspectos múltiples y universales. A lo que da proceso este sistema de intercambio que sirve como de arquitectura a las conferencias de Vaz Ferreira, es a que el tema se desarrolle entre digresiones que Vaz Ferreira dice que constituyen «como el desarrollo musical del tema» y que frecuentemente abarcan toda una sesión. El maestro tiene razón para adjudicar un concepto sinfónico a sus funciones pedagógicas; yo creo que la metáfora es atinada, por cuanto en las conferencias de Vaz Ferreira, tomándolas en toda su integridad, esto es, con lo que en su atmósfera ideal ponen el pensamiento, la palabra y el corazón, concluiríamos por percibir una sensación de ambiente muy semejante a la que advertimos bajo el dominio apostólico de Beethoven, de Wagner o de Bach. Las digresiones vienen a ser en este caso, respecto al tema, lo que son respecto a un tronco sus ramas, sus brotes o sus hojas: en conjunto, diversas manifestaciones substanciales de un mismo árbol, que también, por otra parte, puede ofrecer su aspecto musical.

Pensamientos y palabras

EL tema que Vaz Ferreira se propone desarrollar en la primera serie de sus Conferencias de este año es de horizonte anchuroso, ofrece las vertientes más inesperadas, porque lo constituye el individualismo ante las ideas actuales. Para empezar, el maestro lo ha localizado preguntándose:

—¿Qué debemos retener de lo que fué nuestro fondo de educación común?

He asistido a cuatro de estas disertaciones antes de decidirme a escribir la presente crónica y, además de lo que ya dejo apuntado, he podido ir confirmando el parecer de que, en Vaz Ferreira, el pensamiento es más plástico que la palabra: fenómeno sorprendente en nuestra raza y que no diremos que encarna el ideal absoluto en cuestión de oratoria, porque ese ideal debe consistir en que la palabra y el pensamiento tengan paralelamente tal grado de plasticidad que lo uno parezca modulación expresa de lo otro y nada más; pero entre el pensamiento que anda en persecución de la palabra con que necesita exteriorizarse y la palabra que anda en persecución del pensamiento con que quiere nutrirse de prestigio, siempre será preferible lo primero a lo segundo. En el primer caso, si el pensamiento no da con la palabra requerida hoy, puede ser que se encuentre mañana: en el segundo caso,

siempre corremos el riesgo de que la palabra nunca dé con el pensamiento y nos quedemos sólo con la palabra, que así resulta instrumento de fraude espiritual.

Con Vaz Ferreira no se corre este peligro, porque su pensamiento nunca es vasallo de la palabra. Rico y enérgico, pero lleno de un noble pudor, de una fina dignidad, de un gran respeto por la verdad y también de una fuerte devoción por el criterio analítico, su pensamiento desconfía de la fronda retórica y selecciona el vocablo definitivo premiosamente, algunas veces con gesto de dolor, siempre con un rigor más verista que académico, más austero que elegante. Pero el movimiento espiritual de la palabra de Vaz Ferreira no deja de ser rauda por ser interno, no deja de ser audaz, porque atiende más a la dimensión de profundidad que a la de superficie. Al contrario. Nos recuerda al de esos personajes de Rabindranat Tagore, que por fuera son estáticos y por dentro desarrollan una vida, toda llena de emoción, y una dinámica de alto vuelo. Además, Vaz Ferreira pertenece a esos extraños oradores, cuya palabra conviene oír de sus propios labios, porque en su contenido y en su alcance entra por mucho la circunstancia en que la pronuncia, el acento que le imprime, el ademán con que la acompaña y hasta el sentido que le da una pausa, un gesto, una mirada. Las pausas, sobre todo, cobran notable elocuencia en este hombre que, no obstante su parquedad oratoria y su franciscanismo decorativo, es un alma caliente y afectuosa, profundamente romántica y nutrida de ideales.

El progreso moral

VOLVIENDO al tema de las conferencias que viene dando, encontramos en Vaz Ferreira un filósofo cristiano, cuyas convicciones, al parecer un poco errantes, se afirman concretamente en las manifestaciones de su sensibilidad. La libertad, la caridad, el amor, la conciencia, todo lo que es fundamentalmente cristiano, Vaz Ferreira lo vuelve problema vivo y siente cada problema en su entraña íntima. Por eso, el más importante de todos los progresos humanos lo constituye para Vaz Ferreira el progreso moral.

Afortunadamente, al tocar este punto, tan lleno de problemas entre los diferentes aspectos del individualismo, el conferenciante comprueba que en el progreso moral es en el único en que puede decirse que el hombre sigue andando su buen camino. El progreso moral es incompatible con lo que se ha llamado la serenidad griega,—la famosa serenidad griega que, por otra parte, y según Vaz Ferreira, tiene la

particularidad de no haber existido nunca—porque el progreso moral es camino de dolor, y el dolor es incompatible con aquella serenidad. Habría en Grecia hombres serenos, filósofos, artistas, escultores; pero exclusivamente de esos hombres fué patrimonio la serenidad. El progreso moral se ha generalizado en el mundo de tal suerte que hoy ni los hombres superiores pueden llamarse serenos como los de entonces. Por el contrario, hoy suelen ser los hombres superiores los que precisamente tienen el espíritu más nublado de conflictos, de problemas y de inquietudes. Y tenemos lo siguiente en la humanidad actual: Por una parte, entre los hombres superiores más riqueza de sensibilidad, más preocupación por los problemas sociales, más propensión a especialización en las cuestiones ideales; por otra parte, en el hombre medio también una mayor riqueza y multiplicidad de sentimientos y una mayor proporción de acción buena y de comprensión moral.

Lo que engaña, agrega Vaz Ferreira, es que el problema en cada caso resulte insoluble, o que la solución no es más que de aproximación, esto es, solución de conflictos; pero no es la capacidad para resolver el problema lo que debemos tener por signo de superioridad; la superioridad consiste en plantearse y en el esfuerzo que se realiza para resolverlo.

Por lo demás, la condición insoluble del problema dimana de que se trata de problemas conflictuales, problemas entre conflictos creados por deberes, sentimientos y convicciones que representan un paso progresivo en el nivel moral, pero cuyas manifestaciones prácticas pugnan entre sí. La guerra, precisamente, nos presenta notables ejemplos de la superioridad moral del hombre moderno con relación al anti-guo, individuo de psicología simple en

quien las tendencias contrarias no luchaban como ahora. Imaginemos el caso verdaderamente dramático de un Barbusse: Por un lado, convicciones, sentimientos y deberes de conciencia que le obligaban a luchar contra la guerra; por otro lado, otras convicciones, otros sentimientos y otros deberes, también de conciencia, que le obligaban a marchar a la guerra. A Marco Aurelio, por ejemplo, nunca pudo presentársele semejante situación. La situación ha sido consecuencia del progreso moral operado entre los hombres. Porque no es que en tiempo de Marco Aurelio el problema no existiese; es que no se le sentía sencillamente, y claro está que a nadie se le planteaba.

Crisis del buen sentido

Vaz Ferreira dice luego que lo que parece que no ha progresado tanto es el buen sentido. Lo revela el fracaso de esos esfuerzos que en la política internacional se realizan para resolver problemas económicos: el petróleo, el nitrato, el carbón, etcétera. Puede decirse que en la vida internacional, como en la individual, sucede que las conquistas más sorprendentes dejan de apreciarse en seguida de ser obtenidas. Lo mismo la libertad o la democracia, que el teléfono o el timbre eléctrico, constituyeron en diferentes planos grandes conquistas, que costaron a la humanidad enormes esfuerzos y de las cuales el individuo estuvo como pendiente hasta el momento en que tuvieron realización. Al día siguiente, el individuo, en lugar de dedicarse a manifestar su alborozo por lo conquistado, echó aquello en saco roto y se dedicó a sentir nuevas inquietudes por la conquista de otra cosa, una insignificancia tal vez, o una pretensión absurda. Traslademos el ejemplo a la vida internacional y observemos el

| | | |
|--|---|---|
| Quien habla de la | CERVECERIA TRAUBE | se refiere a una empresa en su género, singular en C. R. |
| Su larga <i>experiencia</i> la coloca al nivel de las fábricas análogas <i>más adelantadas</i> del mundo. | | |
| Posee una planta completa: más de <i>cuatro manzanas</i> ocupa, en las que caben todas sus dependencias: | | |
| CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO. | | |
| Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES. | | |
| FABRICA | | |
| CERVEZAS | | ger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera. |
| Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla. | | SIROPES |
| REFRESCOS | | Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc. |
| Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Gin- | | |
| Prepara también <i>agua gaseosa</i> de superiores condiciones digestivas. | | |
| Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA. | | |
| SAN JOSE |  | COSTA RICA |

fenómeno después de la guerra. ¿Quién se acuerda hoy en Francia de Alsacia y Lorena? ¿Quién habla ya en Italia de Trieste y Trento? ¿Quién se alegra ahora en Polonia por la conquista de su soberanía? Absolutamente nadie. Y, sin embargo, por ahí andaban los objetivos más ostentosos de aquella guerra que costó tantos dolores, tantas ruinas y tantos millones de vidas humanas. Apenas obtenido lo que querían, los pueblos se olvidaron de lo obtenido y la atención con el apetito encaminóse a otra cosa que, como en el presente ejemplo de Polonia, haciendo depender su porvenir de un pedacito más de tierra, resulta absurda verdaderamente.

«Pero yo insisto—Concluye Vaz Ferreira—en que no es la moral lo que fracasa en esto; lo que fracasa es el buen sentido».

Paradoja americana

ESTA propensión de Vaz Ferreira, a enchufar en sus digresiones algunos problemas vivos y cuestiones de palpitante actualidad, suele también infundir un acusado interés a sus conferencias. El público que acude de la calle, que frecuenta la política y que se halla enterado por los periódicos de lo que ocurre dentro y fuera del país, encuentra siempre un criterio de revisión respetable y ponderada en las acotaciones alusivas del maestro, por más que éstas no pasen generalmente de un atisbo. Es un modo de dar valor permanente al episodio fugitivo, y ello adquiere notable importancia para nosotros, cuando el conferenciante alude a sucesos que tocan de cerca al hombre americano.

Así, por ejemplo, al referirse a la crisis del buen sentido en el orden internacional, Vaz Ferreira ha formulado la advertencia de que en el Continente sudamericano somos mejores de hecho que de doctrina. Esto resulta una paradoja, porque en el mundo siempre ha sucedido lo contrario; pero es la realidad. Somos mejores de hecho que de doctrina. Por un prurito de imitación muy explicable, tomamos nuestra doctrina internacional de los europeos y, como ellos, celebramos conferencias, planteamos cuestiones de fronteras y hablamos ruidosamente de mecánica guerrera. Hasta el vocabulario es el mismo aquí que allí. Todo parece dispuesto para que de un momento a otro nos vayamos a las manos. Algo hay, sin embargo, que siempre nos detiene ante el precipicio. La doctrina no llega a inficionarnos, como inficiona a los pueblos europeos; a pesar de ella, durante treinta o cuarenta años, en el Continente sudamericano se han resuelto por vía pacífica algunos graves conflictos internacionales

que en Europa hubieran terminado en guerra.

¿Cuál es la explicación? Vaz Ferreira dice que la explicación está, en parte, porque históricamente no podemos odiarnos; en parte, porque tenemos mejor sentido para las cuestiones internacionales; en parte también, porque los trámites de estas cuestiones nos cansan, nos aburren, nos fastidian, y al cabo concluimos por dejarlas y olvidarlas. El maestro observa al llegar aquí, que algún aspecto bueno había de tener nuestra inveterada frivolidad. En resumidas cuentas, el caso es que, con respecto a los países europeos, los nuestros son mejores en práctica que en teoría. La teoría es la misma aquí que allí, puesto que de allí la traemos nosotros; lo que cambia radicalmente en su trasplatación es el sentido y la consecuencia. Las cosas que inficionan a los europeos, no nos inficionan a nosotros. «Empleando una expresión un poco gruesa,—dice el maestro—aquí no hacemos del todo la barbaridad».

Y termina con la siguiente consideración: «Bien vale la pena que experimentemos en este caso con satisfacción el sentimiento de nuestra superioridad, cuando somos inferiores en tantas otras cosas».

Pasa el maestro

CUANDO Vaz Ferreira se despide hasta el otro viernes, el auditorio en masa le contesta con un aplauso prolongado y cariñoso. Muchos se quedan mirándole cómo va recobrando de la mesa su reloj, sus lentes y sus papeles, hasta que nuevamente, con paso leve y sordo, desaparece por la pequeña puerta del estrado. Entonces, en el momento de la separación, es cuando más finamente se percibe la atmósfera espiritual, tan llena de emoción y de afecto, que se ha ido condensando entre el maestro y los que le escuchan. Todavía durante el desfile continúa reinando el silencio que advertimos desde antes de que el conferenciante se presentase. El comen-

tario vivo y bullicioso comienza ya en el atrio de la Universidad.

Entonces, entre los grupos, pasa el maestro; pasa con su porte modesto, su sombrerito blando, su sonrisa vacilante y su cartera sujeta bajo el brazo algo encogido, siempre rodeado por su esposa y algunas de sus hijas, ya señoritas, que le aguardan en los pasillos para acompañarle.

Vaz Ferreira en persona

HA llegado con esto la hora de decir algo que conceptúo interesante acerca de la personalidad íntima de Vaz Ferreira. Yo no lo conocía personalmente. Cuando me presentaron a él, después de una conferencia, para que me autorizase a publicar algo con su consentimiento en «La Nación», lo primero que hizo fué preguntarme:

—Usted, ¿es buena persona?

Esta interpelación, así de entrada, me dejó un poco confuso, naturalmente; pero en seguida recordé alguno de los juicios que Vaz Ferreira ha publicado sobre los periodistas en su libro *Moral para intelectuales*, y comprendí el alcance de su pregunta.

—Ya entiendo,—le respondí.— Se dice que Ud. es un poco enemigo de los diarios.

—¿No sería más justo decir que los diarios son un poco enemigos míos?

—Indudablemente, maestro. Pero de todos modos yo necesito hablar un rato con usted, si he de publicar algo sobre su persona que sea verdad.

El maestro me dió la razón. Acordamos una entrevista y la tuvimos. Entonces Vaz Ferreira me dijo lo siguiente:

—Si quiere usted que le diga lo que soy, puedo hacerlo en dos minutos, más no; porque después de esos dos minutos lo que a mí se me ocurriría, podría no terminar nunca. Además, podría no interesar.

A su propio juicio, Vaz Ferreira presenta tres capas o personalidades: La primera y la mejor, afirma él, la constituye su personalidad de hombre que con el propio esfuerzo ha formado un hogar. Para Vaz Ferreira lo más importante de su vida es su casa. Tiene ocho hijos. Mientras vivió su madre, para ella fué el fruto de su trabajo. A consecuencia de ello no pudo seguir la carrera de Medicina, que era su carrera preferida, porque la obligación de asistir a las clínicas le impedía atender las cátedras de enseñanza con que ganaba el sustento de su familia. Siguió entonces los estudios de Derecho, más por necesidad que por vocación; pero su inclinación a la pedagogía le vinculó definitivamente a la Universidad, donde ha dado conferencias durante veinticinco años consecutivos. Ahora tiene cin-

Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO

de la Facultad de Medicina de París

Horas de consulta: de 8 a 11½ a. m.

cuenta. El hogar le ha devuelto con cariño todos los sacrificios que le ha costado. Un día Vaz Ferreira se enteró de que dos de sus hijas estaban estudiando taquigrafía para ir a tomar la versión taquigráfica de las conferencias que el maestro daba, en vista de que las autoridades competentes habían resuelto suprimirle los taquígrafos. El maestro no lo dice, pero sería verdaderamente conmovedor que la publicación de algunos de sus libros se debiese a este rasgo extraordinario.

La segunda personalidad de Vaz Ferreira la constituye el funcionario. El recuerdo que conserva de sus luchas mientras ocupó cargos ejecutivos en la enseñanza pública, es un recuerdo silenciosamente dramático. Las energías físicas se resintieron sensiblemente en los conflictos morales, y mientras por un lado iba perdiendo la salud, por otro se veía en la necesidad de lanzar libros deficientes, por falta de tiempo y de recursos para hacerlos mejores. Ahora se dedica a subsanar esto, haciendo una revisión paciente y concentrada de algunas de sus obras y retirando otras de la circulación. En cuanto a la salud, Vaz Ferreira asegura que la poca que conserva se la debe al deporte de la pelota, al que dedica un rato casi todos los días en el Círculo de Armas.

Finalmente, la tercera personalidad de Vaz Ferreira está representada en el autor de obras filosóficas. En conjunto, Vaz Ferreira ha publicado más de veinte libros originales, en muchas de cuyas páginas florece la tragedia del funcionario junto con las especulaciones del filósofo; pero aunque el maestro no lo diga, deben ser más todavía las páginas en que florecen las substancias de su inteligencia con las hidalguías de su corazón.

Bibliografía insólita

EN cuanto a la significación crítica de estas obras, me ha parecido oportuno, aunque bastante insólito, presentarle a Vaz Ferreira una lista de sus libros más conocidos para que al margen de cada título escribiere la clasificación que hoy le mereciese. El maestro, sin vacilar, ha cubierto los blancos del siguiente modo:

Lógica viva, muy buena.

Conocimiento y acción, bastante buena.

Sobre la propiedad de la tierra, bastante buena.

Lecciones sobre pedagogía y cuestiones de enseñanza, buena.

Sobre la percepción métrica, tiene cosas buenas.

Moral para intelectuales, mediocre

intelectualmente, pero muy buena moralmente.

Estudios pedagógicos, tres series: primera serie, muy buena; segunda serie, regular; tercera serie, bastante buena.

Sobre los problemas sociales, sin clasificación.

Ideas y observaciones, alguna cosa buena, pero...

Los problemas de la libertad, muy buena.

El fermentario, algunas cosas regulares.

La exageración y el simplismo en pedagogía, regular.

El pragmatismo, cosas buenas.

Curso expositivo de Psicología Elemental, muy malo.

Apuntes de Lógica Elemental, atroz.

No será necesario decir que estas dos últimas obras han sido retiradas por el autor, a pesar de la protesta de los editores. En cuanto a las demás, Vaz Ferreira termina la lista con una llamada al dorso que dice así: «Los elogios son relativos. Corresponden a una base de lo que puede hacerse en libros incidentalmente formados».

Pocos hombres habremos conocido con quienes más pronto veamos establecida, en cierto plano espiritual, una espontánea corriente de mutuas lealtades. Al entregarme la lista, me dijo lo siguiente:

—Usted verá lo que hace.

Pero yo no he podido hacer nada mejor que entregarla a los lectores en su forma virginal.

(La Nación, Buenos Aires).

La incorruptibilidad canina

COMO les había anunciado a ustedes, el gran éxito de la Exposición Canina, este año, está en los perros de policía. Ni el danés elegante, ni los lebreles de Crimea o de Córdoba, ni el perdiguero o el conejero, ni los alanos o los bracos, ni siquiera el perro pachón, ni los perros de servicio, ni los de caza, ni los de lujo, ni los falderos cual Lulú de Pomerania o el paquínés, ni mucho menos el pordiosero perro de aguas, tienen el éxito de los mastines; y entre éstos, no el terranova o el bulldog, sino el perro policía, que no es el sabueso, y se debiera llamar mejor: el perro gendarme, el guardia perril, el perro de guerra. Es el mastín-lobo, el perro de pastor alemán, la bella bestia a la que sólo puede compararse el bello danés, como se puede comparar, entre los dioses, Apolo a Dionisios.

Una muchedumbre ha invadido el jardín de las Tullerías para ver el concurso de esos mastines de defensa y de ataque, de muestra y de guarda, exploradores y cobradores. Seis concurrentes han estado más de tres horas haciendo, con suerte varia, sus pruebas de arrojo ante el peligro, de serenidad ante la amenaza, de protección para el hombre, de inteligencia para las cosas, de cautela para la acción, de fuerza, de agilidad. Pero los seis

han tenido la misma fortuna en la prueba de incorruptibilidad. Los seis han sido incorruptibles. Se han mostrado igualmente insobornables a todo: a los azúcares como a las perras. Y se sospecha que seis espectadores escogidos, aunque no de la Policía, no hubiéramos resultado insobornables todos, por no decir ninguno, a todos los halagos.

La amistad del perro por el hombre, se funda precisamente en que el perro va recogiendo las virtudes que el hombre va dejando. El perro es fiel; el hombre lo ha sido. La virtud medioeval de la fidelidad, ciertamente, no es de nuestra época. Una virtud de nuestra época podría ser la solidaridad. Quién sabe si el perro del siglo XXI se sentirá socialista, si el hombre ha vuelto para entonces a otra Edad Media. El perro no se ha sentido siempre fidelista: se sabe por Virgilio que el cancerbero se dejó sobornar por una torta de miel. El perro roe también su hueso en el paisaje moral del hombre. La insensibilidad moral del hombre va creando la sensibilidad moral del perro. Dime qué perro tienes y te diré lo que buscas. Por eso hoy, el perro más del hombre es el mastín, mejor reaccionario en todos los sentidos.

La superioridad moral del perro es la prueba de su inferioridad. Otra prueba es que lo más humano del perro se halla; no en sus virtudes, en su hipocresía. A no ser que me rectifique, si no un perro policía y analfabeto, un perro sabio.

CORPUS BARGA.

París y mayo.

(El Sol, Madrid).

No es el "Repertorio Americano" revista de círculo; es tribuna abierta a los cuatro vientos del espíritu. Por lo tanto, los que en ella quieren colaborar opinan con suma libertad. Sin que eso implique que su editor haga propias todas las opiniones ajenas o se haga responsable de las mismas.